

TODA UNA VIDA EN LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO ENTREVISTA CON GEORGETTE M. DORN

ARMANDO CHÁVEZ RIVERA¹

Georgette M. Dorn ha pasado más de medio siglo en la Biblioteca del Congreso. Llegó a inicios de la década del sesenta y se estableció en la División Hispánica, de la cual fue directora durante veinticinco años luego de haber trabajado por un período similar como jefa de referencia. Allí ha recibido a investigadores acuciosos, pero también a políticos y diplomáticos. En un entorno fastuoso de mapas, manuscritos e incunables, ha conversado con escritores y poetas laureados, presidentes y reyes.

Con algunos visitantes, como Jorge Luis Borges, caminó por el centenario edificio hasta la zona íntima donde los pasillos angostos y de techo bajo acaparan infinidad de estantes metálicos con millones de publicaciones. Mientras ella elegía al azar algunos volúmenes, los hojeaba y leía en voz alta, ambos fueron internándose en ese laberinto, que es la concreción misma de la Biblioteca de Babel, imaginada por Borges en un cuento de 1941 como el lugar donde se agrupan todos los libros posibles en el universo.

Durante años, el nombre de Georgette M. Dorn ha sido sinónimo de la División Hispánica. En esa sala de aire mediterráneo y grandes ventanales contribuyó al florecimiento de una de las más grandes

¹ Esta entrevista fue realizada en julio de 2019 en la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso. Armando Chávez Rivera agradece al Centro John W. Kluge el patrocinio y las favorables condiciones de investigación que le permitieron preparar esta entrevista y varios artículos académicos durante su residencia como investigador en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos (2018-2019).



*Georgette M. Dorn en los archivos de la División Hispánica
© Foto cortesía de la Library of Congress*

y exquisitas colecciones mundiales sobre la cultura iberoamericana y el idioma español. Catalogó libros de referencia obligada y grabó la voz de los autores. Por sus manos pasaron obras que ya no se encuentran en los países donde fueron impresas y son atesoradas por bibliófilos y contadas instituciones.

Hoy en día, Georgette M. Dorn acude a la Biblioteca del Congreso una vez por semana para clasificar y organizar colecciones. Sus recuerdos tienen la perspectiva excepcional de quien ha atravesado diversas lenguas, culturas y territorios durante distintas etapas históricas: la Segunda Guerra Mundial, la Europa de posguerra, la Argentina de Domingo y Eva Perón, y la crispada vida política de la ciudad de Washington. La siguiente entrevista recorre varios de esos momentos tensos, inciertos y felices.

Armando Chávez-Rivera. En estos años en que contemplamos olas migratorias y de refugiados, así como presagios de nuevos conflictos, evoquemos su infancia en Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

Georgette M. Dorn. Nací en Hungría antes de la Segunda Guerra Mundial. Hungría se mantuvo neutral hasta que pudo y fue invadida por Alemania en 1944. Entonces, todo cambió. Mi familia

se vio forzada a dejar nuestro país e irse para Alemania, donde terminamos en un campo de detención, no de concentración.

La guerra me impresionó mucho. Mi papá era médico en ese campo de detención. Era un lugar en las montañas, con unos diez mil habitantes, en la parte oeste de Alemania. La ciudad más cercana era Hanover. El campamento tenía guardias armados y estaba rodeado de alambre de púas. En una ocasión, después que unos polacos se emborracharon, los guardias ahorcaron a un hombre. Muchos chicos querían ir a verlo. Mi papá nos prohibió salir del cuartito de la barraca donde vivíamos para ir a ver al ahorcado.

La gente me pregunta por el horror de la guerra. Durante los bombardeos nocturnos había que salir de la barraca y correr al sótano del edificio principal del campamento. Era muy raro tener que salir de la cama en pleno invierno y correr sobre la nieve para esconderse. Me preguntan si en aquella época sentí miedo. Mis padres eran tan seguros y cercanos a nosotros que la verdad es que nunca tuve miedo.

La guerra terminó en 1945, pero permanecemos en el campamento hasta 1946 porque no teníamos lugar adonde ir. Los niños comenzamos a asistir a la escuela. Debíamos caminar bastante tiempo por una colina para llegar al pueblo. Los chicos de la zona nos decían: ahí, por donde ustedes caminan, hay lobos y se los van a comer. Esos muchachos no nos trataban mal; era gente alemana muy sencilla. Años después, mi hermano menor volvió al lugar donde estuvo el campamento y habló con los vecinos de la zona. Los pobladores ya no recordaban el campamento.

ACR. ¿Por qué no regresaron a Hungría después de la guerra y en cambio decidieron viajar hacia otros territorios, de otra lengua y cultura?

GMD. Fuimos los primeros en salir del campamento. Mucha gente volvió a Hungría, pero les fue muy mal. Los comunistas estaban en el poder y consideraban que los que habían retornado eran corruptos. Mi padre decía: “No volvamos. Vámonos a otro lugar. Yo soy médico, no soy político”. Mi madre también insistió mucho en que no regresáramos a Hungría. Ella era muy dispuesta a integrarse, a ser parte de otra comunidad. En cualquier país en que estuvimos siempre decía que no se podía vivir en un ghetto. En esa época, mi padre siempre estaba trabajando; por tanto, pienso que fue el ejemplo de mi madre lo que hizo que nos adaptáramos fácilmente a otro medioambiente.

A la hora de salir de Alemania, fue una gran ayuda que mi papá hubiera trabajado para las Naciones Unidas como médico y se hubiera hecho amigo de varios canadienses y holandeses. Ellos nos facilitaron llegar a Holanda para usar las visas conseguidas por un tío paterno para que fuéramos a Islas Canarias. Ese tío nos invitó a vivir con él para que pudiéramos dejar atrás la Alemania y la Europa destrozadas.

Tomamos el barco en el puerto de Rotterdam e hicimos escala en Vigo. Fue una gran impresión llegar a Las Palmas de Gran Canaria. España era muy pobre entonces, pero yo, como niña, tuve la impresión de que llegaba al paraíso cuando vi el sol brillante y la gente vendiendo plátanos.

ACR. ¿Cómo fue esa etapa en las Islas Canarias? ¿Cuánto tiempo estuvieron y por qué se marcharon a Argentina?

GMD. España me pareció fantástica. Me encantó el clima de allí después del frío, la pobreza y el hambre que habíamos pasado en el campamento de detención. Fuimos a vivir con mi tío, que no se había casado todavía y tenía una casa cerca de la playa de Las Alcaravanas, por el pueblo de Puerto de la Luz.

Mi padre no pudo encontrar trabajo. Para ejercer la medicina en las Islas Canarias había que haber hecho la carrera en una universidad española. Mi tío había estudiado medicina en Madrid y se había mudado a Canarias, donde trabajaba como especialista en dermatología y lepra. Era director de un leprosario que todavía existía en los años sesenta. Allí había leproso de España y del África española, de Ceuta y Melilla. Mi tío se había marchado de Hungría por motivos políticos en la década del treinta. Creo que fue a causa de la separación de una parte del país, que se convirtió en Eslovaquia.

Mi padre tomó la decisión de irse a Argentina, donde podría tomar exámenes para revalidar su título. Mi madre y mis dos hermanos nos quedamos tres años en las Canarias hasta que mi papá se estableció en Buenos Aires. Por fin, en 1950 viajamos a Argentina, en un barco de bandera italiana. No recuerdo si era un barco de pasajeros o mercante. Hicimos escalas en Río de Janeiro y en Santos, de Río Grande del Sur, entonces un puerto importante. Recuerdo la alegría que causó pasar el ecuador. Hubo una gran fiesta, con una reina y un Neptuno en la pileta del barco.

No tuve choque cultural al llegar a Argentina porque es un país de inmigrantes, como los Estados Unidos. España era un país de menos inmigrantes, pero tampoco me costó sentirme integrada.

ACR. ¿Cómo comienza su relación con el idioma español? ¿En qué momento de su niñez empezó a aprenderlo y cómo llegó a dominarlo?

GMD. Conozco el idioma húngaro bastante bien y, además, aprendí alemán. Mi padre decía que teníamos que hablar alemán porque el húngaro era un idioma que nadie iba a aprender. Sin embargo, mi formación y mi cultura son realmente latinoamericana, española y argentina.

Durante mi infancia tuvimos en casa a una niñera chileno-alemana; así fue como aprendí español y alemán. Cuando llegamos a España y fui internada en un colegio yo ya sabía el idioma; lo había aprendido muy bien. Como sabemos, el español de las Islas Canarias se parece al de Sevilla y al de zonas de Hispanoamérica; no tiene un acento castizo como el de la península. Luego, en Buenos Aires, encontré un español mezclado con el italiano. Ahora, mi acento es más bien argentino y parece que a veces tengo un toque chileno debido a que trabajé mucho tiempo con Francisco Aguilera, un jefe de departamento que había nacido en Chile.

ACR. ¿De qué modo la educación en Buenos Aires influyó en su formación cultural?

GMD. Viví en Buenos Aires desde 1950 hasta 1956. Las escuelas en Argentina eran muy buenas en esa época. La secundaria en Argentina fue extraordinaria. Leí mucho de literatura e historia. Después cursé el bachillerato, que entonces era muy exigente allí. Hice el bachillerato en el barrio de Flores, en el Instituto Nuestra Señora de la Misericordia, institución a cargo de monjas muy progresistas. Si bien el colegio era solo para niñas, el jardín de infantes era mixto. El actual Papa, Jorge Mario Bergoglio, nació en ese barrio y asistió al Jardín de Infantes de esa institución.

Las monjas eran progresistas: leíamos filosofía y a autores como Voltaire, Aristóteles y Freud. Me acuerdo muy bien de la hermana Javiera Segade en 1953 o 1954. Ella llegó a tener una responsabilidad importante en el Vaticano en la década de 1960. Murió hace poco tiempo. Era una católica militante. Siempre me mantuve más o menos en contacto con ella y le mandaba algo en Navidad.

Además, en Argentina hice un año universitario estudiando traducción. Así que también soy traductora pública.

ACR. ¿Cómo logró su familia establecerse en Argentina en una etapa tan compleja políticamente y cuando llegaban allí otros inmigrantes?

GMD. Mi padre tomó los exámenes de medicina en español y revalidó su título de médico. Entonces, fue a trabajar durante varios meses, casi un año, en una comunidad rural en Neuquén, donde hacía falta un médico. Era una comunidad mixta con presencia indígena. El español le resultó un idioma fácil porque él había estudiado latín durante muchos años. Desde entonces pidió visado para venir a los Estados Unidos, pero no era fácil conseguirlo. Mi familia tardó seis años en obtener las visas.

Vivíamos en el centro de Buenos Aires, en las calles de San Juan y La Rioja, en Barrio Once. Era una zona muy diversa étnicamente, pero básicamente italiana, con muchos judíos y miembros de la comunidad sirio-libanesa que habían llegado huyendo de los turcos. Existía un gran mercado en la Plaza Once. Luego nos mudamos a la avenida Entre Ríos, cerca del edificio del Palacio del Congreso de la Nación. Era un Buenos Aires muy rico, con una moneda nacional fuerte. A Argentina le había ido muy bien económicamente vendiendo carne a Europa durante la segunda guerra mundial.

ACR. Habían dejado la España de Francisco Franco y marcharon a Argentina que también vivía un momento político muy complejo. ¿Cómo recuerda esa Argentina bajo las riendas de Perón y de Evita?

GMD. No recuerdo nada relacionado con la figura de Franco, pero sí mucho sobre Perón. Mi papá siempre decía que Perón era horrible, pero que había hecho algo bueno por los pobres, por los obreros: la jornada laboral de ocho horas. Antes trabajaban más horas y no les pagaban lo debido. Por supuesto, Perón no era democrático, pero mi padre siempre reconocía las cosas buenas que este había aportado.

En todas las plazas había una gran foto de Eva Perón. Cuando murió, la querían canonizar. La gente prendía velas y las viejitas le rezaban. Era muy popular. Eva era una mujer ignorante, pero muy hábil y con mucho carisma. Siempre me refiero a ella cuando imparto el curso Women in Latin American History, en Georgetown University. Hablo de ella como uno de los ejemplos de una mujer que llegó al poder y ejerció mucho poder.

En un momento de 1955 Perón dijo que había que quemar iglesias. La muchedumbre quemó parcialmente algunas iglesias históricas. Asimismo, hubo violencia, no mucha, cuando Perón fue de-

rocado. A mí no me gustan las marchas, ni las muchedumbres. Nunca voy a nada en que haya mucha gente.

Después de esos incidentes, mi familia obtuvo visados para los Estados Unidos en 1956. Mis hermanos y yo no queríamos irnos porque teníamos amigos en Argentina. Sin embargo, mi padre creía que al país no le iría bien en el futuro. Tuvo razón: después de la presidencia de Arturo Frondizi, que era muy bueno y muy democrático, el país fue autodestruyéndose poco a poco, lo cual no han hecho vecinos como Uruguay o Chile. Es una pena que mi patria, Argentina, tuviera ese problema.

Regreso a Buenos Aires de vez en cuando. Argentina me encanta: es un país precioso. He llevado a mis hijas. Ya no tengo parientes allá, pero me quedan muchos amigos. Debo decir que considero que tengo tres patrias. No puedo decir que tengo la ciudadanía húngara porque los comunistas en Hungría no nos dejaron regresar. En cambio, obtuve la ciudadanía argentina y la estadounidense.

ACR. ¿Cómo fue la primera etapa de su familia en los Estados Unidos?

GMD. Llegamos a los Estados Unidos en avión. Aterrizamos en Miami, luego de escalas en La Habana, Cuba, y antes en La Paz, Bolivia. Uno no salía del avión, así que esas escalas no contaban como visitas a países. Mi gran sorpresa fue que en Miami en 1956 ya todo el mundo hablaba español en el aeropuerto. En Miami no estuvimos nada; íbamos para Sioux Fall, la ciudad más grande de South Dakota. Mi padre tenía que cumplir una pasantía de un año en un hospital a fin de prepararse para tomar los exámenes de medicina en inglés. Luego se especializó, de médico internista pasó a ser psiquiatra. Se fue a Long Island. Era médico y psicoterapeuta en Huntington, norte de Long Island, cerca de Nueva York.

Mi hermano menor y yo fuimos a la universidad en Omaha. Uno de mis hermanos entró al ejército. Yo estudié durante tres años una licenciatura con cursos en ciencia política, filosofía y literatura. Mi hermano menor estudió medicina. No opté por la medicina; no me gustan los cadáveres. Me interesaron más las humanidades.

ACR. ¿Cómo fue el impacto de mudarse de una gran ciudad como Buenos Aires a South Dakota?

GMD. Me asombró que la gente en Omaha confiara en todo el mundo: no cerraban las casas de noche; dejaban la comida y la leche

en la puerta. En la calle había lugares donde estaban los diarios: uno ponía la moneda y tomaba el diario. Me gustaba aquello de confiarse en el mundo, lo cual no existía en Buenos Aires, como ciudad más grande, y supongo que tampoco en Nueva York.

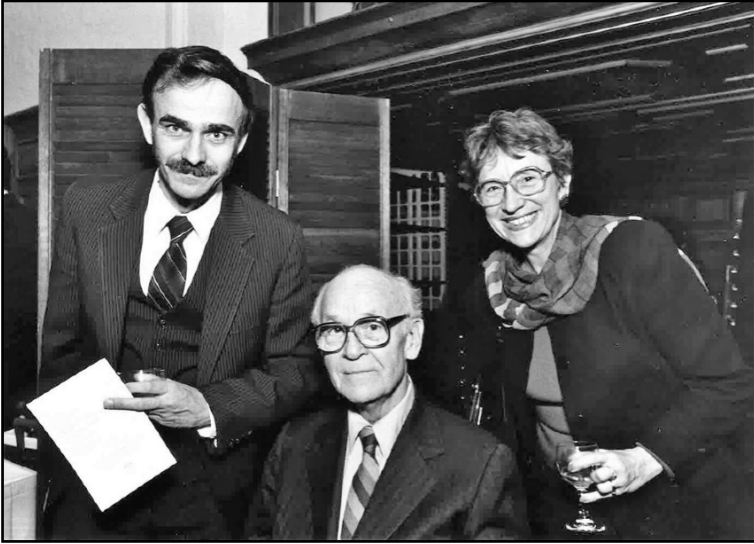
Encontré en South Dakota y Nebraska gente con más mundo que cuando fui a Boston. La gente de esos lugares viajaba mucho: iban a Canadá o durante el invierno visitaban México. La gente manejaba 500 millas sin pensarlo. En cambio, en Boston, la gente viajaba diez millas y era como un gran viaje. Me gustó mucho la apertura que tenía la gente del medioeste. Incluso nos pidieron a mi hermano y a mí que enseñáramos español en la televisión los sábados. No existía PBS, pero había un canal. Sioux Fall y Omaha tenía gente muy cooperativa, muy acogedora. Así que me encantó. A Jorge Luis Borges también le gustó eso y dijo que en verdad el corazón de los Estados Unidos es esa zona del centro del territorio.

ACR. ¿Qué estudios universitarios hizo en los Estados Unidos?

GMD. Me gradué en 1959 y conseguí una beca en Boston College. Pude haber ido a estudiar a Minnesota o Wisconsin, pero elegí Boston. Como había estudiado mucha historia estadounidense, ya había leído bastante sobre Nueva Inglaterra. Asimismo, en Argentina, había leído ampliamente sobre esa zona porque Domingo Faustino Sarmiento consideraba Boston como la Atenas de los Estados Unidos. Mis padres se habían mudado de Sioux Fall para el norte del estado de Nueva York, donde empezó a trabajar como médico en una prisión, muy cerca de Montreal. Es una zona tan cercana a Canadá que la gente de Montreal iba de compras allí. El estado de Nueva York es muy bonito, muy verde, cerca del lago Champlain. Por tanto, fue lógico que me fuera a Boston y estudiara ahí la maestría en historia de la cultura europea. Yo realmente quería trabajar con literatura e historia europea, pero mi mentor en Boston era un latinoamericanista. Él me recomendó que elaborara mi tesis de maestría sobre Argentina y así fue que hice la tesis sobre la época de Juan Manuel de Rosas.

ACR. ¿Cómo llegó a Washington y se incorporó a la Biblioteca del Congreso?

GMD. Cuando estaba en Boston College me casé con un estudiante de New Hampshire. Vinimos a la ciudad de Washington porque él iba a estudiar medicina en Georgetown en 1961. En esos años, de 1962 a 1964, trabajé en el Instituto de Lenguas y Lingüística de Georgetown University. Allí redactaba, hacía traducciones y editaba conferen-



De izquierda a derecha: Everette Larson, otrora jefe de la Sala Hispánica de Lectura; Lewis Hanke, primer jefe de la División Hispánica; y Georgette M. Dorn, en la Biblioteca del Congreso
 © Foto cortesía de la Library of Congress

cias. Como no pagaban mucho, decidí trabajar para el gobierno. Vine a la Biblioteca del Congreso y me emplearon de un día para otro. Fui por breve tiempo catalogadora en idioma alemán, pero me descubrió el jefe de la División Hispánica y vine a trabajar aquí, en la División Hispánica. Me propuso un puesto temporario y luego uno permanente.

Mientras trabajaba en la Biblioteca tuve cuatro hijos. Mi esposo estaba muy de acuerdo con que trabajara. Siempre fue muy colaborador. Cuando terminó su residencia como oftalmólogo, me dijo: “En verdad, para qué vas a dejar de trabajar si tienes un puesto muy interesante”. Es cierto que mi puesto fue muy interesante desde el principio, tanto por los proyectos como porque todo el mundo venía de visita a la Biblioteca y a la División Hispánica. Fui jefa de referencia de la División Hispánica desde 1968 hasta 1994, cuando me convertí en la jefa de la división.

ACR. Usted ha grabado para el archivo a muchos escritores hispanoamericanos leyendo fragmentos de sus textos. ¿Cómo comenzó en esa labor?

GMD. Uno de los proyectos más interesantes que hallé en la División Hispánica fue el archivo de grabaciones literarias. Había sido creado por el poeta Archibald MacLeish, cuando era director de la Biblioteca. Él comenzó el archivo de grabaciones estadounidenses e inglesas, y a la vez también de América Latina. Ya en 1943 Francisco Aguilera tenía un cuerpo de grabaciones de poesía en la División Hispánica. En la década de 1950 grabó a Gabriela Mistral. Ella fue quien recomendó que se incluyera también prosa, no solamente poesía. Aguilera empezó a grabar textos en prosa y añadió los idiomas portugués, catalán y francés, este último por su vínculo con Haití. Como sabemos, el Caribe abarca varias lenguas. Apreciamos mucho la grabación de Gabriela Mistral, así como su idea de grabar prosa.

Aguilera se jubiló en 1969, pero ya en 1968 se había ido un año para enseñar en Wisconsin y entonces a mí me hicieron curadora del archivo. Cuando él retornó quiso que yo siguiera como curadora. Tomé el archivo y opté por agregar el holandés y varias lenguas indígenas (zapoteca, quechua, náhuatl y aimara). Le di al archivo una dirección más inclusiva, por ejemplo, grabando a hispanos leyendo en inglés y en español. Al primer hispano que grabé para el archivo fue a Sabine Ulibarri, de Nuevo México. Siempre los llamo hispano/latino, pero pienso que solo va a quedar la palabra hispano, que esa va a ser la dominante. Me ocupé del archivo de 1968 a 2018. Actualmente mi sucesora al frente del archivo de grabaciones es Catalina Gómez. Ella se esmera ampliando más el archivo. Fue una gran suerte y una vivencia muy interesante que me haya tocado trabajar durante la época del boom literario.

ACR. ¿A qué otros escritores recuerda especialmente?

GMD. Hacíamos las grabaciones en un laboratorio que tiene la Biblioteca. Hoy en día ya podemos grabar acá, pero en aquella época no había grabadoras de mano. Eran grabadoras de cinta.

No pagamos nada cuando grabamos a los escritores. En Japón quisieron hacer un proyecto similar y se asombraron mucho cuando supieron que nosotros no pagamos por la lectura grabada. Me imagino que el mundo hispano aprecia más lo que es una biblioteca.

A cada autor se le graba de media hora a una hora. Se hace una breve introducción de cinco o diez minutos y después la lectura de la obra que haya elegido el escritor. Últimamente, además de la lectura de la obra, hacemos una entrevista al autor, si a este le interesa. En ocasiones, se ha grabado durante más de una hora; por ejemplo, Octavio Paz grabó como dos horas y pico: leyó poema tras poema. A

veces, los escritores leen textos inéditos; por ejemplo, Carlos Fuentes leyó un fragmento de *Terra nostra* que no fue incluido en la novela. Así que es muy valioso. Recuerdo a Fuentes como una persona grata, muy simpático, aunque no tan dado como Vargas Llosa. Fuentes era un poco más privado.

A Vargas Llosa lo vi muchas veces. Lo grabé en 1977, cuando estaba en el Wilson Center escribiendo *La guerra del fin del mundo*, para la cual encontró en la Biblioteca del Congreso diarios que no existen en otro lugar. Pudo escribir esa novela gracias a información que encontró aquí. Vargas Llosa es una maravilla de escritor. Él me decía que se levanta temprano por la mañana y escribe cinco horas de pie. Tiene una disciplina increíble. Es muy productivo. Lo admiro mucho porque, de esa generación, es el que más variedad tiene en su escritura y una faceta política que lo llevó a presentarse como candidato presidencial en Perú.

A José Donoso lo grabé en Puerto Rico. Era un personaje fantástico. Pasó un año entero en el Wilson Center, que en esa época se distinguía por ser muy humanístico. Venían escritores y estudiosos a pasar un año entero y el director era James H. Billington, que posteriormente fue director de la Biblioteca del Congreso. Donoso venía mucho a la Biblioteca del Congreso para investigar y acompañado de su mujer, Pilar. Ellos fueron muchas veces a cenar a mi casa. Donoso era una gran persona y un amigo. Vendió sus manuscritos a Princeton. Pensó que en los Estados Unidos estarían mejor cuidados. Tal vez eso no sea verdad para el caso de Chile, que tiene una biblioteca nacional muy buena.

Recuerdo a Juan Goytisolo como otro personaje muy interesante. Fue invitado a dar una conferencia sobre su obra en la Biblioteca, pero ese día precisamente murió Francisco Franco. Entonces, en vez de dar una conferencia, Goytisolo habló de sí mismo en la época de Franco. Esa grabación es muy valiosa porque él improvisó espontáneamente la conferencia en ese momento.

Tenemos grabaciones de Juan Ramón Jiménez y de autoras como Raquel de Queiroz y Carmen Laforet. Grabé a Ernesto Sábato. Era muy huraño. No quería grabar y, además, ya estaba casi ciego.

Estamos poniendo cincuenta grabaciones por año en la base online de la Biblioteca. Comenzamos en 2017 y ya hemos colocado casi 200 grabaciones. En aras de colocar las grabaciones en esa base hay que tener un permiso de los autores, lo cual es más complejo con las grabaciones de quienes fueron grabados hace mucho tiempo. Hay

que pedir autorización a familiares, nietos o descendientes. Una vez que localizamos a la familia, firman todo con mucho gusto para que las grabaciones queden disponibles. Por ejemplo, el hijo de García Márquez estaba encantado con que se colocara la grabación online.

ACR. ¿Cuáles son sus grabaciones preferidas?

GMD. Aguilera grabó a Nicolás Guillén. Me gusta mucho esa grabación: es fantástica, muy musical. Es maravilloso escuchar a Guillén, es como bailar. Leía muy bien; no todos leen bien. Digamos que la estrella del archivo es Nicolás Guillén.

Hemos grabado a otros cubanos. Lydia Cabrera fue grabada en Miami. Miguel Barnet fue grabado por alguien que fue a Cuba. Guillermo Cabrera Infante fue grabado cuando estuvo en la Biblioteca. El cubano Pablo Armando Fernández también fue grabado aquí en la Biblioteca. A Alejo Carpentier no lo grabamos; no venía a los Estados Unidos. Los cubanos están muy en tono con los Estados Unidos, conocen este país. Cuba es la isla más avanzada del Caribe. Antes de Fidel Castro los periódicos de Cuba estaban al nivel de los de Buenos Aires y México.

ACR. ¿Recuerda algunos escritores que fueron grabados fuera de la Biblioteca del Congreso, en sus propios países o en oportunidades excepcionales?

GMD. Aguilera hizo viajes con financiamiento de la Fundación Rockefeller para grabar autores. En su estancia en Argentina, grabó a Roa Bastos y a Victoria Ocampo.

Grabamos a muchos brasileños porque tenemos una oficina en Brasil, la cual fue fundada en 1967. En Brasil se empezaron a grabar a autores en 1977. Hubo un director de la Biblioteca que propuso empezar a grabar allá. Nosotros le orientábamos a la oficina a cuáles autores queríamos que grabaran, cuánto tiempo y cómo hacerlo. Tenemos a casi cien brasileños grabados; es el grupo más grande.

Grabé a Gabriel García Márquez cuando vino a Washington con Omar Torrijos y Graham Greene para la firma de los tratados con los Estados Unidos para la entrega del Canal de Panamá a ese país hispanoamericano. Un amigo del Banco Mundial, que también era poeta, nos indicó el hotel donde se alojaba García Márquez y le anunció que iríamos a verlo de la Biblioteca. Ese día, mi colega Dolores Moyano Martín y yo fuimos al hotel Sheraton a buscarlo. García Márquez era muy antiestadounidense. Le expliqué que en realidad la Biblioteca del Congreso es neutral, que no es nada política. Le conté que ya había grabado a Mario Vargas Llosa, Jorge Luis Borges y Oc-

tavio Paz. Entonces, lo trajimos a la Biblioteca y leyó un fragmento de *El otoño del patriarca*. Lo recuerdo como alguien muy simpático. Creo que García Márquez nunca hubiera sido tan famoso en los Estados Unidos sin la traducción al inglés de *Cien años de soledad* hecha por Gregory Rabassa. García Márquez dijo que la versión en inglés es mejor que la española. Recuerdo a Rabassa como un hombre pequeño de estatura y un manojo de nervios.

Grabé a Cortázar en Oklahoma en 1975. Fui allá porque una biblioteca le había preparado un homenaje. Entonces pedí que me dejaran grabarlo allí, en un laboratorio. Lo grabé. Le hice una entrevista y él leyó un fragmento de *Historias de cronopios y de famas*. Él hablaba un español perfecto con el sonido característico de la consonante *r* en francés. De niño, vivió en Bélgica porque su padre era diplomático. Era un hombre muy interesante, que le encantaba ser cosmopolita. Me decía que solamente escribía en francés para mantener el español puro y no mezclarlo con otros idiomas. Su mujer entonces era la traductora Ugné Karvelis, que dominaba varios idiomas. Cortázar hablaba mucho sobre el tema de cómo ser multilingüe y cómo los idiomas se pueden mezclar. Era muy antiestadounidense. Oklahoma le encantó, como a Borges, porque era lo que él pensaba de los Estados Unidos: una zona con indígenas, con plumas y caballos. Esa semana en Oklahoma hubo un partido de fútbol americano y Cortázar fue a ver el partido en el estadio. Después, alquiló un auto y se fue con sus amigos a ver la cordillera. Así que ese fue su gran viaje por los Estados Unidos. Era un hombre magnífico, realmente interesante.

ACR. ¿La División Hispánica conserva libros firmados por alguno de esos escritores?

GMD. Se conservan algunos ejemplares firmados por los autores en la colección de libros raros, por ejemplo, un libro de Pablo Neruda que fue hecho con las camisas de la guerra civil española. La Biblioteca del Congreso no acepta ni compra manuscritos de escritores cuya obra debe quedar para su nación de origen. La Biblioteca cree que el patrimonio de cada escritor pertenece a su país, no al extranjero. Esa política comenzó en los años 1940. Por ejemplo, Doris Dana nos permitió filmar los manuscritos de Gabriela Mistral. Microfilmamos todo y lo devolvimos. Además, Chile tiene una biblioteca nacional muy buena. Nos ofrecieron una donación de la colección de Victoria Ocampo y no la aceptamos. Luego la familia vendió esa colección en partes.

ACR. ¿A qué otras personalidades conoció en la Biblioteca?

GMD. Conocí a presidentes y primeros ministros, entre ellos, Eduardo Frei, de Chile; Raúl Alfonsín, de Argentina; Julio María Sanguinetti, de Uruguay; Fernando Belaúnde Terry, de Perú; Felipe González y Mariano Rajoy, de España. Conocí a Fernando Henrique Cardoso, de Brasil, un economista serio que estuvo en el Centro John W. Kluge Center un año entero. A Leonel Fernández, de República Dominicana, que sigue viniendo a la Biblioteca con frecuencia. Otro personaje interesante fue Juan José Arévalo, de Guatemala. A Arévalo lo llevamos a almorzar a un restaurante y nos comentó: aprendí inglés para venir a los Estados Unidos y tengo la frustración de que aquí todo el mundo habla español.

Conocí a los reyes de España Juan Carlos y Sofía. Les preparamos una exposición de mapas y libros. La reina Sofía nos comentó sobre algunos mapas que mostramos y que también tienen en España, específicamente el que abarca desde La Florida hasta California. Es un mapa famoso que muestra lo grande que era el imperio español. El príncipe Felipe también venía frecuentemente a la Biblioteca cuando era estudiante en Georgetown University.

ACR. ¿Cómo fueron sus encuentros con Jorge Luis Borges?

GMD. Borges vino a la Biblioteca varias veces. Lo grabamos aquí en dos ocasiones, en 1968 y en 1976. A Borges le encantaba pasear por los estantes. Ya estaba bastante ciego, veía muy poco, pero decía: me gusta el olor de los libros. Le gustaba que yo tomara libros de los estantes y que le leyera.

Siempre hablábamos en inglés. Él tenía un inglés muy interesante. Era un inglés de Inglaterra e incluso yo precisaría que angloargentino. Los ingleses que llegaron a Argentina conservaron un inglés que no es como el de ahora. Conservaron un acento muy típico. Él leía mucho a los escritores ingleses, como Gilbert Keith Chesterton y Rudyard Kipling. Le gustaba mucho hablar de esos escritores. Yo también había leído a Kipling cuando niña. Borges era una persona muy compleja y muy interesante. Filmamos a Borges y conservamos esa grabación.

ACR. ¿Qué recuerdos tiene de la visita de Pablo Neruda?

GMD. Neruda fue grabado en 1968 por Francisco Aguilera. Archibald MacLeish, director de la Biblioteca en esa época, organizó en su oficina un almuerzo en honor a Neruda. Recuerdo que en esa ocasión Neruda conversó, entre otros temas, sobre sus recuerdos de la Guerra Civil española.

Neruda vino más de una vez y, por tanto, lo vi en varias ocasiones. En 1969 vino a Washington y fue invitado a la Casa Blanca por la esposa de Richard Nixon, cuando este todavía era presidente. Sin embargo, Neruda no fue y, en cambio, vino a la Biblioteca para ver los manuscritos de Walt Whitman. De Cuba lo acusaron de haber estado en la Casa Blanca. Fue la época en que varios escritores rompieron con el gobierno de Cuba, entre ellos Mario Vargas Llosa.

ACR. ¿Cuáles han sido las frustraciones y los placeres en el trabajo como bibliotecaria?

GMD. La frustración del bibliotecario es que no hay tiempo para hacer todo lo que uno quiere. En cuanto a los placeres, me resulta muy emocionante tocar las primeras ediciones de obras famosas. Tenemos primeras ediciones de Juan Ramón Jiménez, José Donoso y Gabriel García Márquez. No uso libros electrónicos porque me gusta el papel. Me gusta tocar los libros.

ACR. ¿Cuáles han sido sus intereses en cuanto a la posibilidad de investigar y escribir?

GMD. Investigué sobre temas argentinos del siglo XIX y XX, entre ellos la figura de Lisandro de la Torre, un político progresista que no triunfó en sus esfuerzos. Siempre me interesan temas relacionados con la literatura y la historia. He escrito para dar conferencias. Esa ha sido mi relación con la escritura.

ACR. ¿Cuáles son las limitaciones que en ocasiones enfrentan los investigadores que tratan de acceder a materiales de la División Hispánica?

GMD. A veces, los investigadores estadounidenses nos piden libros de hace mucho tiempo, como del siglo XVI, y preguntan si los tenemos traducidos al inglés. No hacemos traducciones. Aquí no se traduce nada para nadie, solo para el Congreso. La limitación que percibo es que hay investigadores interesados por etapas de la historia las cuales requieren del conocimiento del idioma español, pero no lo conocen. Por otra parte, les sorprende la enormidad de fuentes de información que encuentran en la Biblioteca del Congreso.

ACR. ¿Qué futuro les augura a las bibliotecas y el libro impreso?

GMD. La automatización de los servicios de las bibliotecas es la actualidad y el futuro. En la Biblioteca del Congreso ya todo el trabajo de catalogación es online; el fichero en papel terminó en 1980. Es excelente poder acceder a todo con tanta rapidez. Cada año se publican en todo el mundo más libros que durante el año anterior, aunque algu-



Georgette M. Dorn durante el acto *Américas Award Ceremony* de 2017.
© Foto cortesía de la Library of Congress

nos son guías o manuales de autoayuda, etcétera, y no son duraderos por su temática. No hay dudas de que el libro sigue teniendo futuro.

ACR. Usted es miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. ¿Cuáles son sus expectativas y deseos en cuanto al idioma español?

GMD. Me interesa mucho que el español se hable adecuadamente y que no se convierta en *spanGLISH*. Me parece una pena que se mezcle con el inglés.

Hay que recordar que la presencia española en los Estados Unidos es la más antigua de los europeos en estas tierras, antes que los franceses e ingleses. España estuvo aquí desde el siglo XVI. Eso se lo sigo enseñando a la gente de este país. La juventud no lo sabe, están aislados, es muy triste: no saben que California era parte de México. No reparan en palabras como Los Ángeles, San Francisco y San Diego. Todo está lleno de topónimos hispanos.

ACR. ¿No teme que sea olvidado lo que usted ha vivido?

GMD. No he escrito sobre mi vida, ni sobre lo conversado hoy. Debo redactar mis memorias. Ha sido muy interesante trabajar en Washington. Todos venían con mucho cariño a la Biblioteca del Congreso. Todo el mundo pasa por acá.